

Caesars politik in Gallien. Interpretation zum Bellum Gallicum. Bochum: Universitätsverlag Dr. N. Brockmeyer, 1998

Autor:
Ventura, Mariana

Revista
Anales de Filología Clásica

1998-1999, N°16-17, pp. 268-276



Artículo

GODO LIEBERG (1998) *Caesars Politik in Gallien. Interpretationen zum Bellum Gallicum*, Bochum, Universitätsverlag Dr. N. Brockmeyer, 186 pp.

Es posible que el lector desprevenido se sorprenda –gratamente, desde nuestra perspectiva– al abrir un libro que desde su título promete la exposición de la política llevada adelante por César en la Galia, y encontrarse con un análisis filológico y sintáctico-estilístico pormenorizado de buena parte del libro 1 del *Bellum Gallicum* (7-14, 27-28, 30-54), con incursiones ocasionales en otros pasajes del texto (6.12; 2.1-5; 7.77; problemas críticos y de autoría planteados por el libro 8). Esta aparente incongruencia entre el título de la obra y el método de trabajo desplegado a lo largo de su desarrollo admite por lo menos dos explicaciones: desde luego, resulta casi superfluo insistir en que el estudio serio de la historia antigua no puede prescindir del examen necesariamente filológico de los testimonios escritos. Pero a este primer motivo de índole general se suma en este caso otro muy particular: para el autor, el *Bellum Gallicum* encierra literalmente la política de César en la Galia y no, como a partir de Mommsen se han empeñado en demostrar muchos de los intérpretes del siglo XX, la política implementada por César en Roma a partir de la Galia. Y a sostener esto se orienta todo el análisis de los *commentarii*, entendidos no como “el informe militar de un general democrático ante el pueblo que le ha encomendado su misión” (T. MOMMSEN, *Römische Geschichte*, 3, Berlin, 1917, p. 615, citado por Lieberg, p. 73), tendiente por lo tanto a la autojustificación y, más aún, a la propaganda personal, sino como una obra literaria nacida “de la disposición extraordinariamente variada de la personalidad de César, que poseía para las artes literarias la misma capacidad que para el arte militar y la organización del estado” (Lieberg, p. 74, citando a E. BICKEL, *Geschichte der römischen Literatur*, Heidelberg, 1937, p. 127) y destinada a poner en palabras las acciones militares llevadas adelante en la Galia. En este sentido, el título del libro de Lieberg resume la interpretación última del *Bellum Gallicum* que se deduce de sus páginas: la carga política de la obra se desprende de la propia naturaleza de la materia narrada, pero su finalidad no es política sino literaria: los *commentarii* son el espejo o, mejor dicho, la transposición literaria de la acción necesariamente –no tendenciosa-

mente- política desplegada por César dentro de los límites -y no más allá- de la Galia. En definitiva, para Lieberg el *Bellum Gallicum* es la política de César en la Galia -y una política buena y justa, además-. Esta lectura no es nueva, implica antes bien un retorno a las interpretaciones más tradicionales que el debatido pero importante libro de M. RAMBAUD, *L'art de la déformation historique dans les Commentaires de César* (Paris, 1952) procuró desterrar; pero tampoco es ingenua: para apoyarla se procede no sólo a cotejar sistemáticamente las historias antiguas paralelas escritas acerca de la guerra de las Galias, tal como enfatiza el autor (p. 7), sino también a acompañar cada afirmación de una refutación de las interpretaciones contrarias más relevantes. Este método le confiere un cierto tono polémico al libro, pero no deja de volverlo útil a la hora de articular una red de lecturas distintas en torno a problemas puntuales.

Las hipótesis generales que acabamos de delinear no se enuncian sin embargo en abstracto; se deducen más bien del análisis pormenorizado de las porciones relativamente breves del texto que detallamos antes (y más allá de reconocer el indudable rigor de esta modalidad de trabajo, podemos preguntarnos por qué el análisis exhaustivo no se extendió también a otras porciones significativas de la obra, que tal vez se hubieran prestado menos para sostener la posición del autor: la invasión de Bretaña, por ejemplo). Las únicas concesiones a la generalidad se encuentran en la parte A que abre el libro, donde a modo de introducción Lieberg sienta las bases sobre las que se apoyarán sus lecturas posteriores. Se debate allí en torno al proemio del *Bellum Gallicum*, la fecha de composición de la obra, los entretelones de la partida de César de Roma y algunos rasgos distintivos de su narrativa, como el uso de la tercera persona.

Entre los críticos que sostienen la composición del conjunto de los libros 1-7 en el invierno de los años 51-52 y quienes son partidarios de la composición separada de cada uno de los libros a lo largo de varios años, Lieberg se inclina por estos últimos. Considera que el único obstáculo importante para esta lectura se encuentra en 1.28.5, donde se dice acerca de los boyos *quibus illi (sc. los heduos) agros dederunt quosque postea in parem iuris libertatisque condicionem, atque ipsi erant, receperunt*: como en 7.9.6 y 7.10.1 los boyos aparecen aún como *stipendiarii*

Haeduarum, y recién en 7.17.2 y 7.75.4 hay referencias a ellos como un pueblo independiente, se ha visto en este pasaje un signo inconfundible de la contemporaneidad de la escritura de los libros 1 y 7. Siguiendo a ADCOCK y a BARWICK (*Caesar as a Man of Letters*, Cambridge, 1956, pp. 77-89 y "Wann und warum hat Caesar seine Commentarii über den gallischen Krieg geschrieben?", *Der Altsprachige Unterricht*, 1952, Heft 4, p. 35, citados por Lieberg, p. 17) el autor propone discriminar el tiempo de composición del de publicación de la obra y no descarta la posibilidad de que el pasaje en cuestión encierre un agregado posterior a la fecha de la escritura original. Consecuentemente, no cree que César haya concebido el proemio del libro 1 como un prefacio del conjunto de la obra, sino sólo del libro en cuestión (aunque, desde luego, en este punto se podría defender la posición contraria aplicando el mismo argumento con el que Lieberg justificaba antes el *postea*: también el proemio podría ser un agregado o al menos haber sufrido modificaciones a la hora de la publicación definitiva de la obra). Por lo demás, la revisión de las referencias al título presentes en los códices y en otros autores antiguos, como Cicerón, Plutarco y el propio Hircio en el libro 8, lleva a Lieberg a sostener que la obra circuló en su época como *Caesaris commentarii rerum gestarum Galliae*, pero supone que el nominativo plural debe haber sido impuesto por Hircio recién a partir de la publicación del conjunto de los libros, mientras que César se referiría a cada uno de ellos en singular. Todo tiende entonces a desarticular la lectura del *Bellum Gallicum* como un bloque homogéneo, escrito con posterioridad a los hechos con el objeto de apuntalar la política de César no ya en la Galia sino en Roma.

En relación con lo anterior, Lieberg se detiene además en uno de los aspectos más característicos de la narrativa de César: el punto de vista. Niega en primer término que la obra acuse los efectos de un plan premeditado de objetivación gradual de la narración, a partir de la adopción de una perspectiva más personal en los libros 1 y 2, donde los hechos se contarían en el orden y la manera en que el sujeto los vivió, hasta la de una perspectiva del todo omnisciente en el libro 7 (tal la tesis de W. GÖRLER, "Die Veränderung des Erzählerstandpunktes in Caesars *Bellum Gallicum*", *Poetica*, 8, 1976, pp. 95-115). Además de servir como argumento a favor de la composición unitaria de la obra, esta lectura

supondría la persecución de alguna finalidad política –ganarse el auditorio, justificarse– ajena a la mera voluntad de lograr una exposición clara y concisa de los hechos. Para Lieberg los libros 1 y 2 no registran contradicciones ni oscuridades capaces de apoyar la hipótesis de una perspectiva subjetiva, antes bien cuadran perfectamente con la omnisciencia de los libros restantes. Y la función del uso de la tercera persona no es otra que la de llevar al discurso la total identificación de la acción de César con los motivos e intereses del pueblo romano: “el procónsul César es distinto de la persona privada de César, que no tiene cabida alguna en el *Bellum Gallicum*. Por eso César se presenta en tercera persona. Como individuo privado César carece de importancia, en la medida en que actúa pro populo Romano” (p. 34). La interpretación es coherente, pero no descarta que a la identificación César-pueblo romano subyazga alguna estrategia política.

En cuanto a los motivos de la partida de César de Roma el 20 de marzo del 58, la argumentación de Lieberg se orienta a refutar dos hipótesis: en primer lugar, la que basándose en Suetonio, *Iul.*, 23, afirma que se debió a los peligros que allí lo acechaban (en especial la investigación de su consulado que el Senado estaba a punto de iniciar), materializados poco tiempo después en el juicio entablado contra su cuestor y en la demanda presentada en su contra por el tribuno de la plebe Lucio Antistio (A. BARABINO, *La guerra gallica*, Milán, 1992, p. 400, citado por Lieberg p. 22). Al respecto Lieberg señala con razón que, de acuerdo con el testimonio de Suetonio, César se marchó de Roma antes por las dilaciones del Senado en tomar cartas en el asunto que por el temor que le inspiraban las medidas que pudiera tomar. Más difícil de rebatir le resulta en cambio la segunda hipótesis compartida por buena parte de la crítica (cf. p. 23, adn. 38) y avalada por Plutarco, *Caes.*, 14, 16-17, de acuerdo con la cual César sólo habría abandonado Roma tras asegurarse que también lo hicieran sus más influyentes adversarios políticos, Catón y muy especialmente Cicerón. El autor se vale aquí por primera vez de un argumento recurrente en otros pasajes del libro: la desacreditación de testimonios “basados en tradiciones evidentemente hostiles a César” (p. 23). Según Lieberg, fue sólo la noticia del avance de los helvecios la que movió a César a marchar hacia la Galia. En este punto nos permitimos sugerir

que, a la hora de hacer una "prehistoria" del *Bellum Gallicum*, hubiera sido interesante dedicar también algún párrafo a los motivos que llevaron a César a ejercer los poderes que le habían sido conferidos por la lex Vatinia en la Galia y no en Oriente o en Iliria, por ejemplo (J. Carcopino, *Jules César*, Paris, P.U.F., 1968, pp. 223-231, afirma que en esta elección pesaron intereses tanto públicos como privados, entre ellos la distancia, que podía favorecer o impedir un contacto fluido con Roma).

A partir de este primer capítulo introductorio, que como dijimos sienta las bases de la argumentación siguiente, pero al mismo tiempo encierra las nociones generales explícitas que el resto del libro procurará sustentar, los capítulos B y C se centran en el análisis de las dos partes en las que, a continuación del proemio, se divide el libro I del *Bellum Gallicum*: la guerra contra los helvecios (7-29) y la guerra contra los germanos (30-54). Las conclusiones de esta última se extienden también a la primera y conforman un juicio acerca de la política de César en la Galia en general: "Al observar el conjunto de la guerra de César en la Galia, en cuyo transcurso fueron vencidos también los otros pueblos galos alzados en armas que ofrecían resistencia, provocaban a César o se levantaban abiertamente contra Roma, habrá que darles la razón a quienes sostienen que esta guerra no se libró debido a un imperialismo consecuente de César sino que se fue dando paulatinamente, como resultado de conflictos que César se vio obligado a resolver uno tras otro" (p. 146). Al proceder así, César habría llevado a la práctica los principios de la política exterior tradicional romana, basada antes en la defensa que en el ataque, aunque -concede Lieberg- habría resuelto los conflictos que se le presentaban de manera mucho más enérgica y radical que cualquier otro procónsul romano anterior. A defender esta idea de un César no imperialista, estrategia casi obligado de una guerra justa y justificada, tiende todo el análisis menudo del libro I, que no expondremos punto por punto pero ejemplificaremos resumiendo algunos pasajes.

Varias páginas del capítulo B se dedican a analizar los motivos por los que César les niega a los helvecios la autorización para pasar por la Provincia y, más aún, se demora en contestarles, cuando desde un principio no pensaba acceder a su pedido. La claridad con la que el propio César se expresa respecto de este punto -1, 7, 4-6: su negativa se habría

fundado en el recuerdo de la derrota sufrida por el ejército romano y la muerte del cónsul Lucio Casio en 107, así como en su desconfianza en que los helvecios se abstuvieran de ultrajes y daños durante su tránsito por la Provincia; la demora de la respuesta, en la necesidad de dar tiempo a que llegaran los soldados que había mandado reunir— le ayuda a Lieberg a desembarzarse con relativa facilidad de interpretaciones divergentes, según las cuales la marcha de los helvecios no entrañaba un peligro real para los romanos (F. STOESSL, "Politik und Diplomatie im Helvetierkrieg", *Schweizerische Beiträge zur Allgemeinen Geschichte*, 8, 1950, pp. 5-36) y la demora encerraba una táctica destinada a alentar a los helvecios, confiados en que la autorización romana no tardaría en llegar, a entrar en la Provincia, justificando entonces una acción defensiva de parte de las tropas romanas (W. WIMMEL, "Caesar und die Helvetier", *Rheinisches Museum*, 123, 1980, pp. 126-135 y 125, 1982, pp. 59-66). En apoyo de la política de contención declarada por César y no de premeditada agresión supuesta por Wimmel, Lieberg aduce el testimonio en este caso convergente de Dion Casio 38.31.4 (p. 36); no parece justificarse entonces que algunos párrafos más abajo descarte la validez de otro pasaje del mismo autor, adecuado en este caso a la hipótesis de Wimmel—Dion Casio, 52, 1 sqq., según el cual durante sus campañas en la Península Ibérica César habría implementado una estrategia similar para justificar la guerra contra los herminios: los habría incitado a pasar por los territorios que se hallaban bajo su control previendo que, al cometer tropelías, darían motivo a una guerra útil a sus aspiraciones de gloria—, por considerarlo "hostil a César y por eso mismo dudoso desde un principio" (p. 39).

Más difícil le resulta a Lieberg sostener la perspectiva de César en otros casos donde ya no se ponen en cuestión las explicaciones de los hechos sino los hechos mismos: así el *excursus* 2 del capítulo B se pregunta por el auténtico responsable de la victoria sobre los tigurinos. Más allá de la brevedad de su tratamiento, el asunto dista de ser menor, en la medida en que, como enfatiza el propio César, 1.12.5-7, se trata del primer episodio bélico de la guerra contra los helvecios, emprendido a la sazón contra la tribu que en el pasado había deshonrado a los romanos y dado muerte al cónsul Lucio Casio, emparentado con él. La versión de

César, congruente con la de (inuevamente!) Dion Casio 38.32.4 y tal vez Tito Livio (de acuerdo con la *periocha* 103), lo pone a César al frente de las maniobras; las versiones de Apiano, *Romaica*, 4 y *Celtica*, 15, y Plutarco, *Caes.*, 18.6, remontándose probablemente a la de Asiono Polión, atribuye la victoria directa a Labieno. Lieberg reconoce que como fuente muy cercana al entorno de César, Asinio Polión sería un testigo de gran peso, teniendo en cuenta además sus abiertas referencias a la mendacidad en la que habría incurrido César en parte de los *Commentarii* (Suetonio, *Iul.*, 56.4). No deja de señalar lo sorprendente que resultaría la adopción de una actitud semejante frente a Labieno, cuyos méritos César suele destacar, pero al mismo tiempo ensaya una disculpa: "la conducta de César se justifica en cierto modo por el hecho de que toda victoria, aun cuando hubiera sido conducida por un legado, le correspondía a él en tanto portador del imperium" (p. 58).

En consonancia con lo anterior, el comienzo del capítulo C se dedica al análisis de las causas de la guerra contra los helvecios, de los discursos de Diviciaco (1.31-32) y de la respuesta de César (1.33) en particular. Lieberg coincide con J. H. Collins ("*Caesar as a Political Propagandist*", *ANRW*, I.1, Berlin, 1972, pp. 922-966) en que los motivos de César son tres: la obligación de los romanos de prestar auxilio a sus antiguos aliados, los heduos, el peligro que entrañaba para los romanos la invasión germana de la Galia y la arrogancia de Ariovisto. Acepta el carácter jurídico y político respectivamente de los dos primeros motivos, pero niega la índole emotiva y personal de este último: los desplantes de Ariovisto resultarían intolerables a la dignidad de Roma en general, no a la persona individual de César. Realiza en este punto una observación aguda: que mientras en el discurso referido de Diviciaco la arrogancia se presenta como una cualidad duradera del germano (1.31.13: *hominem esse barbarum, iracundum, temerarium*), en el de César se trata de una postura elegida o adoptada en esas especiales circunstancias (1.33.5: *Ariovistus tantos sibi spiritus, tantam arrogantiam sumpserat, ut ferendus non videretur*). No advierte, a nuestro juicio, que las implicancias de esta observación pueden volverse en contra de sus argumentos posteriores: en la p. 72 Lieberg tilda de "enunciado completamente traído de los pelos" a la tesis de E. KÖSTERMANN ("*Caesar und Ariovist*", *Klio*, 33, 1940, pp.

308-334), según la cual esta guerra conllevaría una violación del *senatus consultum* que en el año 61 había declarado a Ariovisto *amicus populi Romani*. Sin embargo, la presentación de la arrogancia como una cualidad adoptada para la ocasión por Ariovisto (*sumpserat*) bien podría estar abonando la idea de Köstermann, en la medida en que encerraría una prevención de César: el cambio de actitud de los romanos hacia alguien considerado hasta el momento *amicus* estaría justificado por el previo cambio de actitud de Ariovisto.

Particular atención reciben en el capítulo C las tratativas de César y Ariovisto previas a la batalla, narradas en 1.43-47: al comentario crítico de la bibliografía se suma en este caso el análisis estilístico detallado de cada capítulo, tendiente a demostrar la *facultas atque elegantia summa scribendi* atribuida a César por Hircio (*B.G.*, 8, pr. 7), entendida no como el mero adorno del lenguaje sino como la adecuación precisa de la expresión lingüística a los contenidos. En las antípodas de la crítica que pregona "la sencillez y la modestia del discurso", así como "el escaso interés por la variación en el armado de la frase o la articulación de períodos" en César (Lieberg, p. 108, citando a H. OPPERMAN, *Caesar. Der Schriftsteller und sein Werk*, Leipzig-Berlin, 1933, p. 105 y a O. SCHÖNBERGER, *Caesar. Der gallische Krieg*, München, 1990, p. 389 respectivamente), el autor señala con razón que "el logro estilístico de César consiste en el virtuosismo de una expresión lingüística que alterna períodos claros con violentas parataxis y provocativas preguntas" (p. 104). Así, el discurso de Ariovisto en 1.44 opta en un principio por la parataxis, cuando describe los orígenes de su poderío en la Galia (2-3), con la coordinación copulativa o asindética de las oraciones de infinitivo requeridas por la *oratio obliqua* y una única subordinada relativa; el pasaje argumentativo siguiente (4-6) vira hacia la hipotaxis con tres subordinadas condicionales y dos sustantivas de *quod* en posición quiasmática; a continuación, dos oraciones principales destinadas a enunciar hechos (7) seguidas de dos preguntas (8); inmediatamente después, un largo período destinado a refutar un argumento de César (9); cierran el discurso cuatro períodos hipotácticos: dos breves, que encierran una conclusión de lo anterior (10) y una amenaza (11), y dos extensos, el primero conformado por una condicional cuya apódosis expresa nuevamente una ame-

naza, seguido por una oración parentética referida a la situación de César en Roma (12), el segundo un nuevo período abierto por *quod si*. El discurso de Ariovisto se caracteriza pues por superponer dos partes, una eminentemente paratáctica y otra hipotáctica, conformada por tres largos períodos, el primero de ellos argumentativo, los dos últimos afectivos.

Centrado en el análisis de diversos pasajes del libro 7, el capítulo D procura demostrar que tras la victoria sobre Ariovisto César respetó la independencia de los heduos y, más aún, que creía en el derecho a la libertad de los galos, por más que su obligación de velar por la seguridad de la Provincia y de Roma lo haya forzado a someterlos a una razonable *condicio parendi* luego de la derrota de Vercingétorix. Esta circunstancia habría redundado no obstante en la paz, la seguridad y el bienestar de los galos.

Coincidimos con V. Hunink, autor de una reseña reciente del libro (publicada en *Mnemosyne*, 53, fasc. 5, 2000, pp. 625-627), en que Lieberg tal vez llega demasiado lejos en su afán de defender y reivindicar a César frente a quienes lo acusan de imperialista y falsario que pusiera la escritura al servicio de la propaganda de su acción política. Pero acaso los méritos de este estudio no residan tanto en su aliento y en sus conclusiones generales, fruto a nuestro entender de la reacción y en ese sentido parte de una polémica que hoy, como hace dos mil años, la personalidad misma de César parece destinada a generar –a la que, por otro lado, los intérpretes de signo contrario también sucumben–, como en el método riguroso y prolijo implementado por el autor para llegar a ellas. Los reparos que ocasionalmente suscita el análisis, lejos de desacreditarlo, lo justifican como generador de preguntas tanto o más valiosas que las respuestas a las que la lectura de la obra de César nos pueda conducir.

Mariana Ventura
Universidad de Buenos Aires
hahets@intramed.net.ar